

GILLETTE Y EL NÚMERO TRES

El número tres me seguía cada día.

A cada momento.

Y cuando menos me lo esperaba, aparecía.

Hace unos días, al despertarme, noté un pequeño bulto bajo el lado derecho de la mandíbula.

Más o menos del tamaño de una pelota.

Mi mujer me preguntó qué era.

Le di la única respuesta que tenía sentido.

Como llevo un tiempo sin viajar — quizá por la espera, quizá por necesidad, quizá por una producción excesiva de testosterona —, había decidido crecerme una tercera pelota.

Y no fui yo quien eligió dónde colocarla.

Mi mujer sonrió.

Me dijo que dejara de hacer el idiota y fuera a ver a un médico.

Pero ¿a qué clase de médico?

¿Un médico de cabecera?

¿Un médico de hospital?

¿Un especialista?

El médico de cabecera sabía poco y parecía vivir de experimentos.

El médico de hospital vivía de intervenciones rápidas sin obligación de demostrar nada.

El especialista cobraba y, por tanto, no era para mí.

El servicio médico de urgencias parecía la mejor de las peores opciones.

Una doctora abrió la puerta y me preguntó qué quería.

Yo seguía de pie al otro lado de la verja.

“Ya sé que la frutería está al lado”, dije, “pero ¿de verdad es este el consultorio médico?”

“Sí. ¿Qué quiere?”

“Dos kilos de plátanos. Si me deja entrar, le digo de qué variedad”.

Sonrió y abrió la verja.

Entonces me vio la cara y la tercera pelota.

Aparecieron los guantes.

La zona fue examinada.

Las paperas quedaron descartadas de inmediato.

A esas ya había sobrevivido a los cuatro años.

Llegó el veredicto.

Un ganglio linfático inflamado.

Había que revisarlo de inmediato.

La operación “Renta Garantizada para Médicos” había comenzado oficialmente.

Tres recetas:

Un antibiótico.

Un corticoide.

Una ecografía.

Y el compromiso de volver a los tres días para una nueva valoración.

Luego cogió una hoja de papel y empezó a escribir instrucciones explicando cómo debía realizarse la ecografía.

Sonreí.

“¿De verdad está segura de que su colega necesita instrucciones por escrito para saber cómo funciona una ecografía?”

“Tiene razón”, respondió.

Luego llegó la pregunta inevitable.

“¿A qué se dedica?”

“Soy paciente.

Pero paso la mayor parte del tiempo en las fruterías”.

Me levanté.

“Me voy a casa.

Me trataré con ajo.

Y ya le contaré.

Usted está entre los pocos afortunados que llegarán de verdad a la jubilación.

Cuando la gente descubra los efectos, puede que muchos de sus colegas necesiten una nueva profesión”.

Cuando llegué a casa, mi mujer me estaba esperando.

Preocupada.

Quería saber cuál era el diagnóstico.

Le dije que no se preocupara.

Pronto volvería a viajar.

Y el bulto probablemente desaparecería.

Quizá incluso antes de que el avión aterrizara.

Ferdinando